

“Historias de Ciudad, Volumen Uno.”

Vicente Ferrer Andrade

(19/06/2017)

Contacto:

ferrer_vicente@hotmail.com

Celular: 5519197305

“Sin barba y sin bigote, por favor.”

(04/12/2013)

PERSONAJES.

Bárbara 35 años; Secretaria.

Reynaldo 20 años; Estudiante.

Ciudad de México; Época Actual.

La recepción de una oficina. El arreglo es discreto, elegante. En medio está un escritorio. Encima de él, un radio de baterías a bajo volumen, un reloj digital, un conmutador, y artículos de oficina. Bárbara está mecanografiando un documento en su computadora. Canturrea al compás de la canción que se escucha en la radio. De vez en cuando, suspende su labor para arreglarse. Suena el conmutador. Bárbara levanta el auricular.

Bárbara: Buenos días. Corporativo Valenzuela. ¿En qué le puedo ayudar?... Si, un momento. Lo comunico.

Transfiere la llamada y cuelga. Continúa su labor. Suena nuevamente el conmutador. Bárbara contesta. Sigue mecanografiando.

Bárbara: Buenos días. Corporativo Valenzuela... ¡Hola, Chantal! ¿Cómo estás, mana? (*Suspende su labor; se acomoda en la silla*) Pues aquí, trabajando como loca. Como van a hacer auditoría, el Licenciado Mendiola me encargó poner en orden tooodos los documentos que faltaban... ¡Ay, sí! Es una friega. Ya me ha tocado salir tarde dos días seguidos. Y luego llego a las quinientas a mi casa. El Metro pasa bien lleno, ¿tú crees?... ¡Ah, eso! Ya quedó. Si tu hermano se aplica, el puesto es suyo. Después arreglamos lo de la convocatoria... (*Silba*) ¿Para qué estamos las amigas? Después me pasas mi comisión... Sí, sí. Lo que quedamos, ¿va?... Ahora todo depende que tu hermanito no salga con su batea de babas... ¡Ay, Chantal! Precisamente porque lo conozco... Bueno, ya. Cambiemos de tema. El Licenciado anda bien nerviosito. Ya te imaginarás por qué...

Entra Reynaldo, vestido de traje. Usa lentes, barba y bigote. Se aprecia que tiene algunos tatuajes en el cuello y en una de sus manos. Lleva un folder. Bárbara aún no ha notado su presencia. Se voltea, dándole la espalda.

Reynaldo: Buenos días, señorita.

Bárbara (*Continúa en la llamada*): ¡Uy, sí! A duras penas consigo que me pague el tiempo extra. ¡Es bien tacaño! Según él, no es gran cosa lo que estoy haciendo, y que si me aplicara en mi trabajo no tendría de salir después de las 7. ¿Cómo ves?...

Reynaldo: Señorita...

Bárbara: ¡No, no, no! Espérate. Sí hago mi chambita. No me la paso rascándome la panza. Además, ya sabes que mi mami ha estado un poquito mala. Tengo que llevarla al doctor y comprar sus medicinas. Eso cuesta...

Reynaldo carraspea. Bárbara voltea hacia donde está, visiblemente incómoda. Lo observa de arriba a abajo. Tapa el auricular.

Bárbara: Eh... Buenos días, joven. ¿En qué puedo ayudarlo?

Reynaldo: Buenos días. Vengo a una entrevista de trabajo.

Bárbara: Ya... Deme un momentito. (*Retoma la llamada; en voz baja*) Mana, te dejo. Acaba de llegar alguien. A ver si puedo despacharlo rápido. Luego hablamos... Sí, después me cuentas. Chaíto. (*Cuelga. Apaga el radio. A Reynaldo*) ¿Sí, dígame?

Reynaldo: Tengo cita con el Licenciado Mendiola. ¿Es usted Bárbara Vinales?

Bárbara: Sí, soy yo. ¿Llamó antes para hacer una cita, verdad?

Reynaldo: Sí, claro.

Bárbara: OK, vamos a ver... (*Toma un papel*) ¿Me puede dar su nombre, por favor?

Reynaldo: Reynaldo Arenas.

Bárbara (*Revisando el papel*): Reynaldo Arenas... Reynaldo Arenas... Ah. Sí, aquí está. Su cita es a las 11, ¿correcto?

Reynaldo: Así es.

Bárbara: Bien. (*Revisa nuevamente el papel*) ¡Ay, qué distraída soy! En realidad es a las 11:30. El Licenciado tiene otra entrevista a las 11. ¿No le importa esperar, verdad?

Silencio. Reynaldo está visiblemente incómodo.

Reynaldo: OK, sin problema.

Bárbara: Gracias, que amable. (*Consulta su reloj*) Es usted muy puntual. Llegó quince minutos antes. Al Licenciado le agrada la gente cumplida. Tome asiento, por favor.

Reynaldo (*Se sienta*): Gracias. Y eso que batallé un poco en llegar al Corporativo. El tráfico está de locos.

Bárbara: ¡Ay! ¿Verdad que sí? (*Saca unos papeles del escritorio*) ¿Trae toda su documentación?

Reynaldo (*Le extiende el fólder*): Sí. Aquí está.

Bárbara: A ver....

Bárbara toma el fólder. Comienza a revisarlo. Reynaldo queda a la expectativa.

Bárbara: Copia de Acta de Nacimiento, CURP, IFE... OK, todo en orden... (*Sonríe*) ¡Ah, aquí están sus diseños!

Reynaldo: Sí.

Bárbara: Pero son muy pocos, ¿no? (*Los cuenta*) Como... cuatro o cinco.

Reynaldo: De hecho, son cinco. La impresora me quedó mal. Se le acabó la tinta.

Bárbara (*Suspira*): Bueno, no se preocupe... Es que si hubiera traído más diseños, pues... Dejémoslo así. (*Toma una hoja y una pluma*) Antes de pasar, necesito que me llene esta solicitud.

Reynaldo: Claro.

Reynaldo toma la hoja. Comienza a llenarla.

Bárbara: ¿Tiene experiencia laboral?

Reynaldo: Bueno... En realidad, no mucha. Estuve haciendo algunas cosas por mi cuenta, pero no he tenido suerte. Me han pagado poco. Y en este momento necesito un empleo fijo.

Bárbara: Entiendo. (*Revisa de nuevo el fólder. Sonríe*) Sus diseños son muy bonitos. Se nota que tiene mucha creatividad.

Reynaldo: Gracias.

Bárbara: Lo van a contratar, estoy segura. A nuestro Diseñador le urge un Asistente, ya no se da abasto con el trabajo.

Reynaldo (*Cae en cuenta*): ¿Asistente? Señorita, creo que hay un error. No vengo por ese puesto.

Bárbara: ¿Cómo? (*Revisa nuevamente un papel*) No, pero sí está bien claro aquí. Su cita es para el puesto de Asistente.

Reynaldo: No, señorita. Vengo por el puesto de Diseñador Senior. Tal vez se confundió cuando tomó mis datos.

Silencio.

Bárbara: Ya... A ver. Deme un momento... (*Revisa un papel. Cae en cuenta*)
Ay, joven. Tenemos un problema. No puede aplicar para esa vacante.

Reynaldo: Pero... ¿por qué? Cumplo con todos los requisitos. Estoy en el último semestre de la carrera. Soy de los alumnos más destacados de mi generación. Con *alto promedio*. Y no he reprobado. Lo puede checar en el fólder. Es cierto que no tengo mucha experiencia, pero...

Bárbara: Sí, es correcto. Pero hay un detallito que pasó por alto, y que no está sujeto a negociación.

Reynaldo: ¿A qué se refiere?

Bárbara: Que... usa *barba y bigote*. El anuncio claramente lo decía: *Sin barba y sin bigote, por favor*.

Silencio.

Reynaldo (*Palpándose la cara*): Señorita, sí leí la indicación, pero... Creo que la podemos pasar por alto. Usted dijo que mis diseños son muy buenos. Estoy seguro que al Licenciado le van a causar la misma impresión...

Bárbara: Joven, no le puedo dar la cita. Perdón.

Reynaldo: Mire, entiendo que tiene que seguir las reglas de la empresa, pero... realmente necesito trabajar. Es lo mejor que he encontrado de acuerdo a mis capacidades. Me permite continuar con mis estudios y terminar la carrera... Mire... Mis papás ya no me pueden dar dinero. Écheme la mano, ¿qué le cuesta?

Bárbara: Créame que lo comprendo, pero ni hablar. *Reglas son reglas*.

Reynaldo (*Se levanta*): Señorita, disculpe, pero es absurdo. No es posible que un trabajo este condicionado a la apariencia física.

Bárbara: En este caso, sí. La persona que ocupe el puesto va a trabajar directamente con Dinorah de la Riva, uno de nuestros Clientes más importantes. ¿La conoce?

Reynaldo: Sí, por supuesto.

Bárbara: Bueno, ella fue la que puso esa condición. Parece que tuvo una mala experiencia con un hombre que usaba barba y bigote y... Este... quedó *muy afectada*. Si se contrata a una mujer, no hay problema. Pero en el caso de los hombres hizo énfasis en que tenían que estar perfectamente *rasurados*... Y es obvio que usted no se afeita desde hace un buen, ¿verdad?

Silencio. Reynaldo empieza a caminar, mientras habla.

Reynaldo: Está bien. Ya entendí... Pero sé que la señora De la Riva se la pasa viajando la mayor parte del tiempo, ¿o no?

Bárbara: Sí, pero...

Reynaldo: El trabajo se haría aquí, en el Corporativo. Eso lo dice claramente el anuncio.

Bárbara: Bueno, sí. Pero...

Reynaldo: ¡Ahí está! El trato con ella sería únicamente por correo electrónico. No tendríamos que vernos en persona. Es más, estoy seguro que va a quedar tan complacida con mis Diseños, que se va a olvidar de esa restricción tan ridícula...

Suena un celular. Reynaldo comienza a palparse el saco. Lo saca de un bolsillo y lo observa. Esta visiblemente contrariado.

Reynaldo (*Para sí*): ¡Mierda!

Bárbara: ¿Le pasa algo, joven?

Reynaldo: Este... no. Deme un momento. Tengo que contestar, no tardo. (*Contesta*) Doña Trini, buenos días. ¿Cómo está?... Este... Sí, yo sé que tenía que verla hoy, pero no me pude quedar... (*Baja un poco la voz*) Estoy en mi entrevista de trabajo... Ayer se lo dije... Doña Trini, la entiendo pero no le puedo resolver ahorita. Deme chance, le marco en unos minutos, ¿va?... Está bien. Sí, yo le marco... Hasta luego. (*Cuelga; a Bárbara*) Señorita, ayúdeme. Me queda poca lana. Si no consigo algo antes de fin de mes, voy a quedarme sin casa y sin comida, por favor.

Bárbara: Mire, yo también tengo problemas. Tooodos los tenemos. Lamento que esté en una situación... crítica, por así decirlo, pero no puedo brincar me las indicaciones que me dan. Es parte de mi trabajo.

Reynaldo: ¡Que insensible, no es justo! ¡Sólo le estoy pidiendo una oportunidad! ¡No puede ser que me la niegue sólo por mi apariencia! (*Se toca la barba y el bigote*) ¿Mis buenas notas en la escuela y mi creatividad no cuentan? ¡Están solicitando un Diseñador Gráfico, no un Modelo!

Bárbara: Lo siento. No puedo hacer nada. *Sin barba y sin bigote, por favor.* No insista.

Reynaldo: ¡Eso se llama Discriminación Laboral y Social, y lo sabe! ¡Mi barba y mi bigote son míos! ¡Y no pienso quitármelos por nada del mundo! ¡Es absurdo que me niegue la entrevista por un capricho personal!

Bárbara (*Se levanta*): A ver, joven. Se está poniendo muy pesado, y eso no me gusta. ¿Es usted de la UNAM, verdad?

Reynaldo: Sí, ¿pero qué tiene que ver eso con...?

Bárbara: ¡Lo sabía! Tooodos los que vienen de universidades públicas son iguales. Les encanta hacer grilla y hacerse las víctimas. Helloooo. Estamos en el Siglo XXI. El mundo no está en su contra, madure.

Reynaldo: ¡Pues sí! ¡Soy Universitario y a mucha honra! Eso es algo que difícilmente lo va a entender.

Bárbara: ¡Ay, fíjese que sí! Afortunadamente, estudié en escuela de paga. No tuve necesidad de juntarme con la plebe... como usted comprenderá.

Reynaldo: Se nota, ¿eh?

Bárbara: ¿Ah, sí?

Reynaldo: ¡Sí, por las ínfulas que se carga! ¡Es insoportable!

Bárbara: A ver, no tengo por qué aguantarle sus groserías. Creo que fui clara: no le puedo dar cita con el Licenciado. No insista. (*Levanta el auricular del conmutador*) Si continúa en ese plan, les hablo a los de Seguridad para que lo saquen. ¿Eso quiere?

Silencio. Reynaldo hace una rabieta. Golpea el piso con el pie. Bárbara está visiblemente fastidiada.

Bárbara (*Suspira*): Joven, sólo sigo instrucciones. No se lo tome personal...

Reynaldo: OK, ya entendí. Ahí se ve.

Reynaldo sale muy molesto.

Bárbara: ¡Uuuuuuy! *Que tenga buena tarde.* (*Para sí*) ¡Qué pelado! Ni siquiera se despidió. Lástima de carita y cuerpo... Las cosas que tengo que aguantar. Si por lo menos el Licenciado tomara un poquito en cuenta lo que hago para darme

un mejor sueldo... Bueno, por lo menos ya me deshice de este sangrón. ¡Qué nefasto!

Bárbara mueve negativamente la cabeza. Vuelve a sentarse. Enciende el radio y retoma su labor. Se ve el paso del tiempo en el reloj digital. Contesta algunas llamadas. En algunos momentos, suspende su labor para pintarse las uñas, o retocarse el maquillaje. Un rato después, suena el conmutador. Levanta el auricular.

Bárbara: Buenos días. Corporativo Valenzuela... ¡Chantal! ¿Qué pasó? (*Suspende su labor*) ¡Ay, mana! No muy bien. El tipo que me tocó atender hace rato era infumable. ¡Y aparte traía unas fachas! Se puso a darme un discurso de Ética y la manga del muerto... Oye, por cierto, ¿qué pasó con tu hermano? ¡No llegó! Su cita era a las 11. El Licenciado está que trina. No creo que quiera recibirlo de nuevo... ¡Ay, Chantal, no friegues! ¡Lo sabía! De plano que en tu hermanito no se puede confiar. ¿Cómo se le ocurrió fumarse un churro anoche? ¡Ya ni la amuela! Tenía todo servido en bandeja de plata y... ¿Qué pasa, amiga? Te oigo preocupada... Ajá... ¿Pero qué tiene que ver?... (*Abre mucho los ojos. Se voltea de espaldas*) ¿Qué? ¿¡Qué!? ¡Chantal, no inventes! ¿Cómo se te pasó algo tan importante?... ¡Claro que me perjudica! Tengo organizadas las citas de hoy de acuerdo al correo que me mandaste... Aunque haya sido eso nada más, a mí me mueves todo. ¡No te pases, el Licenciado me va a matar!...

Reynaldo vuelve a entrar sin que Bárbara lo note. Lleva el fólder. Ya no tiene barba ni bigote. Son muy notorias las cortadas y la irritación de la piel de su cara. También tiene marcas de acné muy evidentes.

Reynaldo: Señorita...

Bárbara (*Sigue en la llamada*): Si, nena. Yo sé. Pero me tienes que comentar esas cosas *as soon as possible*. Luego es a mí a la que me ponen como lazo de cochino.

Reynaldo: Señorita...

Bárbara: Chanty, no es regaño, pero tienes que ser más cuidadosa. Un día nos van a correr por tus descuidos. A ver cómo le hago para que el Licenciado no se enoje. Ni hablar, ya se nos cayó el *business* por culpa de tu hermano...

Reynaldo: ¡SEÑORITA!

Bárbara (*Suspira*): Espérame, Chantal. Regresó el *mosquito* que te conté. Pero ahorita lo mando a volar. (*A Reynaldo; tapando el auricular*) ¡Bueno, joven! ¡De verdad que es necio, ya le dije que...!

Bárbara voltea. Se da cuenta del estado de Reynaldo. Abre mucho los ojos. No puede reprimir una exclamación.

Bárbara: Pe...Pero... ¿¡Qué le pasó!?

Reynaldo: ¿No lo ve? (*La arremeda*) *Sin barba y sin bigote, por favor. No insista. No es personal.* (*Vuelve a hablar con voz normal*) ¡Ya me los quité! ¡Mire bien! Me acabo de afeitar en chinga, y no fue nada fácil. ¡Mire las cortadas! ¿Ahora sí me va a atender? ¿Ya me puede recibir los documentos y darme la cita con el Licenciado, carajo?

Bárbara: Este... Ya... Un segundito, por favor. (*Retoma la llamada, en voz baja*) Chantal, ¡acabas de meterme en una broncota monumental! ¡Ni te la imaginas!... Ahorita te marco. Déjame ver cómo salgo de esta... ¡Ahorita te marco, dije! (*Cuelga; A Reynaldo*) Ay, joven. Qué pena. No sé cómo decirle...

Reynaldo: ¿Decirme qué? ¿Ahora con qué me va a salir? ¡Ya le di gusto, ya me rasuré perfectamente! ¿Ese era el pretexto, no?

Bárbara: Es que yo...

Reynaldo: ¿Cuál es el problema...? ¡Ah, ya veo! Lo que pasa es que ya me agarró coraje y quiere hacerme la vida imposible, ¿verdad? ¿Verdad? ¿Eh? (*Se sienta*) ¡Pues no me voy hasta ver al Licenciado! ¡Ya no hay razón para que no me reciba!

Bárbara: Joven, baje la voz...

Reynaldo: ¡No me da la gana! Gente como usted abusa del cargo, y piensa que puede tratar a los demás con la punta del pie. ¡Pues conmigo se equivocó, no me voy a dejar! ¡Quiero ver al Licenciado!

Bárbara: ¡YA CÁLLESE! ¡DEJE DE PORTARSE COMO UN ESCUINCLE CAGUENGUE E IDIOTA!

Suena el conmutador. Bárbara lo ve, tensa. No se atreve a tomar la llamada.

Bárbara: ¡Ay, mamacita santa, mi jefe!

Reynaldo: Ande, ¿qué espera? ¡Conteste! ¿Qué, tiene miedo que descubra lo *incompetente* que es? ¿No que muy de escuela privada y toda la cosa? ¡Vamos, conteste! Si se atreve.

Bárbara (*En voz baja*): ¡Por favor, ya cállese! (*Levanta el auricular*) ¿Bueno? ¿Sí, Licenciado?... No, no pasa nada. Todo está bien aquí. Estaban transmitiendo una radionovela... Ya sabe, se pusieron muy intensos los actores... Sí, le pido una disculpa. No vuelve a pasar. Perdón. (*Cuelga; A Reynaldo*) ¿Ya ve lo que provocó? ¡No había necesidad!

Reynaldo: ¡Ah, no! ¡A mí no me eche la culpa! ¡Es de usted, por discriminarme! ¿Condicionar un trabajo sólo por usar barba y bigote? ¡Es lo más idiota que he escuchado!

Bárbara: Joven, ¿me va a dejar hablar? Es muy importante lo que tengo que decirle.

Silencio.

Reynaldo (*Suspira*): La escucho.

Bárbara: Mire... Hubo una lamentable confusión en la Bolsa de Trabajo. Me acabo de enterar hace unos minutos, y estoy muy apenada.

Reynaldo: A ver, no entiendo.

Bárbara: Lo que pasa es que... Ay, Dios. No sé cómo empezar.

Reynaldo: Bueno, ya. Dígame.

Bárbara: Es que... por error la vacante siguió apareciendo hasta hoy. Ese puesto ya fue ocupado por otra persona... seleccionada por la misma señora De la Riva. La compañera que lleva el control de los anuncios no lo había quitado... Yo... en verdad lo lamento.

Silencio.

Reynaldo: ¿Qué...? No. No, no, no. No puede ser. Es una broma, ¿verdad?

Bárbara: No. Es en serio... Este... Sé que necesita mucho el trabajo pero...

Reynaldo (*Estalla; Se levanta*): ¡Qué poca madre! ¿Qué clase de empresa es esta? ¿Cómo es posible que no lleven un control de los empleos que ofrecen? ¡Es inaudito!

Bárbara: Cálmese, no se enoje...

Reynaldo: ¿Qué no me enoje? ¿Cómo se atreve? ¿Quién me va a devolver el tiempo que hice en llegar hasta acá? ¿Y el dinero de las copias de los documentos y los pasajes? ¡Me pasé la noche en vela armando mi carpeta de Diseños! (*Le muestra el folder*) ¡Casi me quedé sin lana por su culpa, señorita!

Bárbara: Mire, entiendo cómo se siente, pero...

Reynaldo: ¡No mienta! ¡A usted le vale verga! Total: ya tiene un empleo seguro. ¿Qué chingados le importa lo que me pase a mí? ¡Un carajo!

Bárbara: ¡Oiga, no estamos en una cantina, respete!

Reynaldo: Además... ¿quién me va a regresar mi barba y mi bigote? (*Se toca la cara*) ¡Tardan mucho en crecer! ¡Tenía más de dos años con ellos, y bastaron unos minutos para que los perdiera! ¡Mire cómo me quedó la cara, por eso no me quería rasurar!

Suena el conmutador. Bárbara está visiblemente tensa.

Bárbara: ¡Ay, no! Aquí vamos de nuevo. (*Levanta el auricular. Contesta*) ¿Bueno? Sí, Licenciado... Ah, ya... (*Sonríe*) OK, voy en un momento. No tardo. (*Cuelga; para sí*) ¡Yes, me salvó la campana! (*A Reynaldo*) Joven, lamento mucho lo ocurrido, pero no puedo hacer nada por usted. *Sorry.*

Reynaldo: ¡Qué fácil! ¡Qué cómodo!

Bárbara: Lo siento... está fuera de mi alcance. (*Toma su libreta y un lápiz*) Perdón, el Licenciado me necesita.

Reynaldo: ¡Oiga, no puede dejarme así! ¿Qué le pasa? (*Reacciona*) ¡Hey, espere! ¿Y el puesto de Asistente? Por lo menos puedo aplicar para ese...

Bárbara (*Nerviosa*): Me temo que no. Esa vacante ya se ocupó también. Nuestro Diseñador consiguió que un primo suyo aceptara ayudarlo medio tiempo. Ni modo, todo quedó en familia. Con su permiso. Que tenga buena tarde. (*Sale apresurada, dejando solo a Reynaldo*)

Reynaldo: ¡Oiga, oiga! ¡Vuelva acá!

Bárbara (*Regresa un momento*): Y aquí entre nos, su barba y su bigote estaban muy bonitos. Se veía muy sexy. ¿Para qué se los cortó? No es bueno tomar decisiones tan precipitadas. Ah, y tiene que hacer algo con respecto a sus tatuajes. Dan una mala impresión de usted. Y también los granos en la cara. ¡Qué bárbaro! Se nota que es bien *cochinote*, ¿verdad? Chaíto....

Bárbara sale. Reynaldo hace un berrinche. Arroja el folder al suelo.

Reynaldo: ¡Hija de...! ¡Pinche vieja! ¡Qué... falta de principios! ¡Qué... culera!

Vuelve a escucharse el sonido del celular. Reynaldo está visiblemente desesperado. Finalmente, se decide a contestar.

Reynaldo: Doña Trini, hola de nuevo... Eh... Sí, sé lo que le dije, pero todavía no consigo algo... No. No me diga eso, por favor. Agarre la onda. Le prometo que a fin de mes... ¡No, no, no! ¡De verdad que le voy a pagar! ¡No tire mis cosas a la calle, no...! ¿Bueno? ¿Bueno? ¡Doña Trini! ¡Bueno! (*Cuelga*) ¡Me carga la chin...! Sin barba, sin bigote, sin empleo... ¡Y ahora sin casa! ¡Vale verga la vida!... ¡Pues no voy a ser el único que se quede sin empleo hoy! (*A voz en cuello*) ¡Licenciado Mendiola! ¡Necesito hablar con usted! ¡Licenciado! ¡Licenciado!

Reynaldo sale en la misma dirección que Bárbara. Un momento después, se escuchan voces discutiendo ad libitum.

Oscuro final.

“Cuarto con vista al mar, a la luz de la luna”

(28/04/2014)

PERSONAJES.

Gonzalo 25 años.

Carla 23 años.

Veracruz, Veracruz. México; Época Actual.

Una playa de Veracruz. Es de noche. Al centro está una cama, dentro de una carpa blanca. A lo lejos se escucha el rumor del mar. Entran Gonzalo y Carla. Él la lleva cargando en brazos, mientras canturrea la “Marcha Nupcial” de Mendelssohn.

Gonzalo: Ya llegamos, mi reina. *(Deposita a Carla en el piso).* ¿Qué tal, eh? ¿Te gusta?

Carla observa, no muy convencida.

Carla: ¡Ay, Gonzo! Está muy mono el lugar, muy *cute*, pero... mis papás nos reservaron una suite en el hotel. Mejor vámonos allá.

Gonzalo: ¿Eh...? ¡Ah, sí! Es que quise darte una sorpresa, cosita. Es mi regalo para nuestra *honey moon*.

Carla: ¡Gonzo, eres un amor, *baby!* ¡Qué romántico! *(Lo besa).*

Gonzalo: Un lugar VIP para una princesa. Mira, puse velitas, champagne, y toda la cosa.

Gonzalo toma una botella de champagne y la abre. Sirve dos copas, y le da una a Carla.

Gonzalo: Salud, princesa. Por nosotros.

Carla: Salud, pollito.

Ambos beben. Al terminar, Gonzalo besa a Carla.

Gonzalo: Estoy bien feliz, Carlita. ¡Por fin solos!

Carla: ¡Cool! Sólo que...

Gonzalo: ¿Qué, qué pasa, mi cielo?

Carla: *Baby*, vas a decir que soy una sangrona pero... es que me hubiera gustado quedarme un ratito más en el Salón. La boda fue increíble, y la fiesta estaba padrísima. ¡Es el evento del año, amor!

Gonzalo: Eh... sí. Pero la neta, me moría de ganas de estar contigo... a solas. *(Toma a Carla de improviso por la cintura)* Bizcochito, ya me urge.

Carla: ¡Ay, Gonzo! ¡No seas impaciente! Se nota que estás *horny*, ¿eh?

Gonzalo: Es que ya no aguanto más. *(Besa a Carla en el cuello)*

Carla (Ríe): Gonzo... no seas travieso. Espérate... ¡Ay, me estás haciendo cosquillas, *baby!*

Gonzalo: Ya no puedo, te lo juro. Ándale, no seas malita. Ven...

Gonzalo lleva a Carla hasta la cama, cargándola. La besa y acaricia. Ella está visiblemente incómoda.

Carla: Gonzo...

Gonzalo: ¿Mmm?

Carla: Este... ¿no te latería que tuviéramos un poquito de privacidad?

Gonzalo: Estamos solos, princesa. No hay nadie más.

Carla: Pero...

Gonzalo: Bizcochito, déjate llevar. Yo me encargo de todo.

De improviso, Carla se levanta de la cama.

Carla: Gonzo, espérate.

Gonzalo (*Aún recostado*): ¿Ora qué?

Carla: Es que... Mira, yo también tengo muchas ganas de estar contigo. La playa está muy *cool*. Pero...

Gonzalo: ¿Pero?

Carla: *Baby*... ¡Es un lugar público! No estarás pensando que hagamos el amor aquí, ¿verdad?

Gonzalo: ¿Qué? (*Se levanta de la cama*) Carlita, no manches. Esta zona de la playa es privada. Nadie nos va a molestar. Anda, ven acá. Quiero hacerte rico...

Mientras habla, trata de tomar de la cintura a Carla, pero ella logra escaparse.

Carla: A ver, Gonzo. La playa será exclusiva, y todo lo que tú quieras, pero no me siento cómoda, *baby*.

Gonzalo: Pero... ¿qué tiene? Tú dijiste que estaba bonita...

Carla: Si, amor. Pero para venir de paseo y nadar un ratito, no para tener una noche de bodas...

Gonzalo: Shhh. A ver... no digas nada. Sólo escucha.

Gonzalo se acerca a Carla. Silencio.

Carla: Pollito... sólo escucho el rumor del mar...

Gonzalo (*Silba*): ... Con algo de musiquita para nosotros.

Saca del bolsillo de su pantalón un celular. Lo acciona. Comienza a escucharse la canción "Moonlight Serenade", de Glen Miller.

Gonzalo: ¿Qué tal?

Carla (Ríe): ¿Y esa rola? ¡Es de la época de mi abuelita!

Gonzalo: ¡Oh, pues! Carlita, ¡no eches a perder el momento! No seas gacha.

Carla: OK. OK.

Gonzalo hace una reverencia a Carla. Ella lo observa, divertida.

Gonzalo: Señora de Pérez. ¿Le concede el honor de esta pieza a este humilde vasallo suyo?

Carla: Cool! Será un placer.

Gonzalo toma de la cintura a Carla. Comienzan a bailar. Gonzalo canturrea. Carla lo abraza.

Gonzalo: Mi reina, ¿nunca soñaste con pasar nuestra primera noche en una playa desierta, junto al mar, y a la luz de la luna? Mira. Está llena. Se ve padrísima desde aquí.

Carla: Gonzo, pero...

Gonzalo: Ándale, dame gusto. Esta noche la esperé con ansias. No la arruines, porfa.

Silencio.

Carla: OK, tú ganas. Eres un tramposo, ¿sabes? Siempre te sales con la tuya.

Gonzalo (*Ríe*): Porque me amas. Tanto como yo a ti, cosita.

Carla: ¡Ay, Gonzo! Eres un adorado.

Carla y Gonzalo se besan. De repente, Carla se da un manotazo en el brazo.

Carla: ¡Ay!

Gonzalo: ¿Qué pex?

Carla: No sé. Algo me picó. ¡Ay!

Gonzalo (*Ríe nervioso*): ¡Ay! A mí también.

Carla: ¡Son mosquitos!

Gonzalo: ¿Qué? ¿Cómo que mosquitos? (*Se da un manotazo en el cuello*)

Carla: ¡Son muchos! ¡Me están comiendo viva!

Gonzalo: ¡No manches! ¡Vámonos pa' cá!

Carla y Gonzalo se alejan a un extremo, hasta asegurarse que los mosquitos no los han seguido. Comienzan a rascarse.

Gonzalo: Estaban muy bravos, ¿no?

Carla: Gonzo... no te enojas, pero creo que cambie de opinión. Quiero irme al hotel.

Gonzalo: Cielito, sólo fueron unos cuantos moscos. No pasa nada.

Carla: ¿¡No pasa nada!? ¡Mira como me dejaron, y a ti también! ¡Esta playa está infestada de bichos!

Gonzalo: Chiquita, nos ponemos loción repelente y yastá. A ver, princesa, ¿en dónde nos quedamos?

Gonzalo trata de abrazar a Carla, pero ella lo rechaza.

Carla: Esto no es gracioso. ¿Puedes apagar tu música?

Gonzalo: Nena, tranquila. No es para tanto...

Carla: Gonzalo, necesito hablar contigo. Es en serio. Apaga la música, por favor.

Gonzalo hace una mueca. Acciona su celular. La música cesa.

Gonzalo: Mta, ya te enojaste.

Carla: *Of course!* ¿Qué esperabas? ¡No sé por qué insistes en que nos quedemos en esta playa que está del nabo, pudiendo estar cómodos en el hotel!

Gonzalo: Oye... sólo quería que esta noche fuera inolvidable...

Carla: ¡Uy, sí! Inolvidable. ¡Ya lo creo! El calor, los mosquitos, la arena en los zapatos. ¡Muy romántico! ¿Eh? ¡Nada que ver!

Gonzalo: Tú dijiste que te había gustado...

Carla: ¡Momentito, no pongas palabras en mi boca, *baby!* Dije que estaba mona, nada más. Pero después de lo que pasó, ni de broma voy a pasar aquí la noche. ¡Quiero irme al hotel, ya!

Silencio.

Gonzalo: Es que... hay un problemita, corazón.

Carla: ¿Cuál problemita? ¡No veo ninguno! Sólo tenemos que subirnos al carro e irnos. ¡Eso es todo!

Gonzalo: Cosita, no es así de sencillo.

Carla: Pero, ¿por qué...? A ver, espérate. Conozco esa mirada. ¿Qué hiciste?

Gonzalo: ¿Yo? Nada... ¡En serio, no hice nada!

Carla: ¡No mientas! Te conozco muy bien. Cuando te pones así de nerviosito es porque hiciste algo gordo. ¿Ahora con qué me vas a salir?

Silencio.

Gonzalo: Este... no te vayas a enchilar mi reina, pero... es que... ya no tenemos la suite que nos regalaron tus jefes.

Carla: ¿Cómo?

Gonzalo: Yo... cancelé la reservación. Como la habían puesto a nombre de los dos, yo pensé que...

Carla: ¿Estás bromeando, verdad?

Gonzalo: Eh... Nop.

Carla: Pero, ¿por qué lo hiciste? ¡Eso no está nada *cool*!

Gonzalo: Bizcochito, no te enc... encabrites. Mira, me dieron un cheque. Casi me devolvieron todo lo que pagaron...

Carla: ¡Eso es lo que menos me importa, animal! (*Le da un zape*) ¿Qué te pasa? ¿Por qué no me lo dijiste? (*Cae en cuenta*) ¡Pensabas quedarte con el cheque! ¡Qué mañitas, Gonzalo!

Gonzalo: ¡Oye, claro que no! ¡Tengo mi propia lana! (*Guarda el cheque en el bolsillo de su pantalón*)

Carla: ¡De tu papá, querrás decir!

Gonzalo: ¡Una buena parte de la cadena de supermercados de mi jefe es mía!
¡No soy un huevón!

Carla: No seas grosero, *baby*. Me choca cuando dices malas palabras.

Gonzalo: ¡Oh, que lá! *No soy un flojo*. ¿Contenta? ¡Ya sabes que me enchila que digan eso: que me la paso rascándome la panza!

Carla: A ver, ¿cuándo lo dije? ¡Para nada!

Gonzalo: Tú no. ¡Pero tus amiguitos sí! ¿Crees que no me doy cuenta que siempre me miran de arriba para abajo, como si tuviera monos en la cara?

Carla: ¡Alucinas! ¡Y no me cambies la conversación! ¿Por qué cancelaste la suite sin consultármelo?

Gonzalo: Porque... Porque... ¡Porque ya sabía que te ibas a poner como fiera, por eso! Todo lo quieres bien controladito, hasta el último detalle. ¡Nunca te dejas llevar por la aventura! ¡Lo creativo nomás no se te da!

Carla: *What?* ¿Me estás diciendo que soy una controladora? ¡Nada que ver!

Gonzalo: ¡Me perdonas, pero sí! ¡Al menos esta vez, quise que fuera distinto!

Carla: ¡Ah, no! ¡A mí no me vengas con esas cosas! ¡Siempre acabamos haciendo lo que tú quieres!

Gonzalo: ¿Lo que yo quiero? ¡Eso no es cierto!

Carla: ¡Claro que sí! ¡La prueba es que estamos en este mugroso lugar!

Gonzalo: ¡Órale! Va... Va... ¡Ahora la playa pasó de ser mona a mugrosa! ¡Qué rápido cambias de opinión! ¡Siempre tan payasa, me cae!

Carla: ¡Es el colmo! ¿Te vas a hacer el digno? ¡Aquí la única que tiene motivos de sobra para estar molesta soy yo! ¿Cómo pudiste arruinar nuestra noche de bodas, con qué derecho? (*Llora*)

Gonzalo: ¡Nunca fue mi intención...! Carla... corazón... cosita... No chillas. Sabes que eso me mata.

Carla: ¡Pues entonces haz algo! (*Le da un manotazo*) ¡No quiero pasar la noche aquí, no se vale! ¡Esto es irreal!

Gonzalo: Preciosa... Ahorita arreglo todo. Ya, calmada.

Gonzalo saca su celular. Marca un número.

Gonzalo: ¿Hotel Emporio? ¿Qué ped... qué onda, señorita? Habla Gonzalo Pérez. Hoy en la mañana cancelé una suite que mi novia... mi señora y yo teníamos con ustedes... Quisiera ver si es posible recuperarla... Es que se trata de una emergencia. Hágame el paro. No he cobrado el cheque. Eso facilitaría las cosas, ¿no?... ¿Cómo qué la suite ya fue ocupada? No puede ser. No han pasado ni veinticuatro horas... Tá bien. Tá bien. Es temporada alta, pero algo se podrá hacer... No me diga eso, señorita. Si no consigo un cuarto, voy a estar en muy serios problemas...

Carla le arrebató el celular a Gonzalo.

Carla: ¡Ay, dámelo! ¡Ni siquiera puedes arreglar algo tan simple! ¡Eres un inútil! (*Retoma la llamada*) ¿Bueno? Buenas noches, señorita, soy Carla Tenorio de Pérez... Como ya le explicó mi esposo, gracias a una *lamentable* decisión de su parte, nos quedamos sin la suite. Hace unas horas fue nuestra boda... Mire, si le soy franca, me cuesta mucho trabajo creer que no tengan una suite

desocupada. ¡Su hotel es uno de los más exclusivos de Veracruz, por favor!... OK, mire, si es por cuestión de dinero, no hay problema. Mi esposo y yo tenemos de sobra. Podemos pagar lo que sea. Además, mi padre es dueño de la compañía naviera más importante del puerto. ¡Somos gente bien, de algo tiene que servir! ¿No?... What!? ¿Lady Puerto? ¡Lady Puerto sus...! ¿Sabe qué? Olvide la suite. Quiero otra habitación. Y si es con espejos y luces rojas, mucho mejor... Eso, no le importa... ¿¡Tiene otra habitación, sí o no!?

Gonzalo: ¿Con espejos y luces rojas? ¿Y eso como pa' qué? (*Cae en cuenta; sonrío*) ¡Quien te viera, Carlita! ¡Me saliste bien traviesa! ¿Eh?

Carla (*Tapa el celular*): ¡Shhh, no interrumpas! (*Retoma la llamada*) O sea que no puede hacer nada, ¿verdad? Bien. Muy bien, me queda claro. *Great!*, lo tomaremos muy en cuenta en futuras ocasiones. Le paso a mi esposo. Que tenga buena noche.

Carla le devuelve el celular a Gonzalo. Se aparta hacia un extremo, muy molesta. Gonzalo se rasca la cabeza.

Gonzalo: ¿Bueno? Discúlpela. Es que está muy enojada... ¿Me podría recomendar otro hotel, porfa?... O sea que la mayoría están en la misma situación... Chin. Ni hablar, que le vamos a hacer... De todos modos, gracias señorita. Buenas noches.

Gonzalo cuelga. Se aproxima a Carla poco a poco.

Gonzalo: ¿Princesa? ¿Cosita? Yo creo que ya nos amolamos. Además, ya es muy tarde. La playa no está fea... aunque esté haciendo algo de airecito. (*Se frota los brazos con ambas manos*) Mejor nos quedamos aquí y...

Carla: ¡Ya te dije que no voy a pasar la noche en este mugroso lugar! ¡No voy a cambiar de opinión!

Gonzalo: Por favor, se buenita. Por una vez que estemos en la playa no nos vamos a morir.

Carla: ¿Una vez? ¿¡Una vez!? ¡Y mañana, y pasado mañana, y el resto de la semana! ¡Cancelaste la suite, tarado! ¡Ayyy, me tienes harta! ¡Eres un irresponsable! ¿Sabes qué? ¡Cómprate un bosque y piérdete!

Gonzalo (Molesto): ¿Ya estuvo, no? ¡Estás portándote como una niña berrinchuda! ¡Entiende, la playa es lo mejor que tenemos ahorita!

Carla: ¡Ah, vaya! Soy una niña berrinchuda. ¡Pues tú eres un desconsiderado! ¡Todo se echó a perder por tu calenturienta imaginación!

Gonzalo: ¡No me grites! ¡Te recuerdo que ahora soy tu marido!

Carla: ¡Valiente marido eres! ¡Bruto! ¡Irresponsable! ¡Bestia!

Carla se le va encima a Gonzalo. Le propina manotazos y golpes con los puños cerrados. Gonzalo trata de esquivarlos como puede, y huir de ella. Carla lo persigue.

Gonzalo: ¡No me pegues! ¡Cálmate! ¡Ay!

Carla: ¡Qué cálmate ni que nada! ¡Teto! ¡Animal!

Gonzalo: ¡Ay! ¡Te pasas! ¡No es para tanto! ¡Ay!

Carla: ¡Me vale! ¡Echaste a perder la mejor noche de mi vida! ¡Eso nunca te lo voy a perdonar! ¡Idiota!

Gonzalo: ¡YAAAAAAAAAAA! ¡YA BASTA! ¡BÁJALE DE HUEVOS!

Carla se queda inmóvil, sin saber que hacer.

Gonzalo: ¡Estoy harto, siempre es lo mismo! ¡Cuando las cosas no salen como quieres, me tratas mal! ¡Bájale dos rayitas a tu actitud, chingau!

Carla (*A punto de llorar*): Nunca me habías gritado...

Gonzalo: ¡Pues si no quieres que te grite, compórtate como una mujer casada, y no como una escuincla babosa! (*Observa con detenimiento el hombro de Carla*)
¿Qué es eso?

Carla: ¿Qué?

Gonzalo: Eso que traes en el hombro.

Carla (*Renuente*): Nada

Gonzalo: ¿Cómo nada? (*Lo examina*) ¡No te pases, Carla! ¿Traes algo puesto debajo del vestido? ¿Y con este pinche calor?

Carla: ¡Ay, bueno! Ya que tienes tanta curiosidad de saber, ¡mira!

Carla se descubre la parte superior del vestido de novia. Gonzalo está visiblemente sorprendido.

Gonzalo: ¡Ora! ¿Me quieres explicar qué es eso?

Carla: Es un disfraz de dominatriz.

Gonzalo: ¿Domi... qué?

Carla: ¡Dominatriz! ¡Ay, Gonzalo! ¿Te tengo que explicar lo que es, o uso palitos y bolitas?

Gonzalo: ¡Sí sé lo que es, no soy tarugo! ¿Cuándo te lo pusiste?

Carla: Antes de venir acá, ¡porque pensé que íbamos a ir a la suite!. ¿Eso qué importa?

Gonzalo (Socarrón): No te conocía esas mañas, Carla. ¡Y tan seriecita que te ves! Eres una perversa.

Carla (Sonríe): ¿Ah, sí? ¿Te gusta?

Gonzalo: ¡Me encanta! Ya nos vamos entendiendo.

Carla: Ooooookkk.

Carla se acerca a Gonzalo. Lo besa, él le corresponde. Carla le desabrocha el pantalón, y hace que Gonzalo se coloque en cuatro patas, sin que él ponga mucha resistencia. Gonzalo sonrío, divertido.

Gonzalo: ¡Uuuuy! ¿Qué me vas a hacer?

Carla: Pollito... sólo déjate llevar.

Gonzalo: ¡Óóórale! ¡Se va a poner bueno!

Carla: Ni te lo imaginas, baby.

Carla se acerca por detrás a Gonzalo. De pronto, se arrima mucho a él. Gonzalo respinga.

Gonzalo: ¡Ora!

Carla: ¿Qué? ¿Qué pasa?

Gonzalo: Sentí algo. ¿Qué traes debajo del vestido?

Gonzalo se voltea. Palpa. Levanta el vestido de Carla, quedando debajo.

Gonzalo (Horrorizado): ¡No mames! ¿Qué carajos es esto?

Gonzalo forcejea. Se levanta. En su mano trae un pene de plástico.

Carla: ¡Ay, Gonzalo! ¿Tú qué crees?

Gonzalo: ¡No mames! ¡No mames! ¿Estás loca? ¡Yo no le hago a eso! (*Lo avienta lejos de él*)

Carla: ¡Era mi regalo de bodas, baboso! (*Recoge el pene*) Me lo recomendaron Paty y Pamela. ¿Ahora me vas a salir con que te asusta? *Hacerlo en la playa sí, pero esto no.* ¡Encima de todo, eres un mojigato! ¡Qué horror!

Gonzalo: No es que me asuste, pero... ¿Ya te había dicho que eres una feminazi? ¡Con esto me lo acabas de comprobar! ¡Me cae que estás bien dañada, *mi amor!*

Silencio. Carla, visiblemente furiosa por el comentario, empuña el pene como si fuera un cuchillo. Avanza hacia Gonzalo en actitud amenazante.

Carla: ¿¡Cómo me dijiste!?

Gonzalo: Dañada...

Carla: ¡No, lo otro!

Gonzalo: ¿Qué? ¿Ah, no te entró? ¡Fe-mi-na-zi! ¡Cochinota! ¡Machete al machote!

Carla: ¡Eres un grosero! ¡A mí no me digas esas cosas!

Carla trata de golpear a Gonzalo con los puños, pero él para los golpes.

Gonzalo (Burlón): ¿Eso es todo? (*Habla como chino*) Tus belinches no son nada compalado con mi Kung Fu...

Carla: ¡Maldito macho!

Finalmente, Carla le da un rodillazo a Gonzalo en las partes nobles. Gonzalo cae al suelo. En un principio, trata de contenerse. Finalmente, se revuelca de dolor.

Gonzalo: ¡AYYYYYYYY! Eso no fue... una pelea limpia... ¡Ayyy! El patriarcado... ha sido vencido... sólo por esta vez... ¡Ayyyy!

Carla: ¡Eso no es nada, te lo mereces por... ignorante y menso! ¡Y te lo advierto: o buscas algo mejor que este lugar rascuache, o te olvidas de la noche de bodas, y te pongo una demanda de divorcio por marido irresponsable! ¿Me oíste?

Gonzalo: Después de lo que me acabas de hacer... no creo que pueda... ni quiera cumplir. ¡Ayyyy!

Carla: ¡Por favor, con tan poco te pones a llorar! ¡Eres un ridículo! *Loser!* (*Le da de manotazos y patadas*)

Gonzalo: ¡Ya, ya, por favor! ¡Ya no me pegues, aguanta!

Carla hurga en uno de los bolsillos del pantalón de Gonzalo. Saca las llaves de un auto.

Carla: ¿Sabes qué? ¡Me largo a un hotel! ¡Quédate con tu playita, imbécil!

Carla le avienta el pene de plástico a Gonzalo. Se va, furiosa. Gonzalo aún sigue doliéndose de los golpes.

Gonzalo: Bizcochito... ¡te pasaste de ruda!... Con que me hubieras dicho que no te gustaba la playa era suficiente... *(Se revisa debajo del pantalón)* A ver si ahora no la hace de pedo por el tamaño de "Panchito". Y encima de todo, descalabrado... *(Se escucha el sonido de un motor de auto)* ¡Ay!... Espérate... Carlita, no te vayas. ¡Ay!

Gonzalo se levanta con dificultad. Toma el pene de plástico. Lo avienta lo más lejos que puede. Sale caminando con lentitud.

Oscuro final.

“La furia.”

(09/06/2015)

PERSONAJES.

Adriana 35 años.

Orestes 45 años.

Ciudad de México; Época Actual.

Un consultorio. Todo está cuidadosamente ordenado. Destacan un librero, y un escritorio de madera. Frente a él está sentado Orestes, quien fuma una pipa, mientras revisa unos papeles. De pronto, suena un teléfono. Orestes descuelga el auricular.

Orestes: ¿Sí?... Está bien, Gloria. Que pase. (*Va a colgar, pero retoma la llamada*) ¿Gloria? Mi conversación con la oficial Duarte va a tardar un buen rato, así que puedes irte... No te preocupes, si necesito algo, me las arreglaré... Gracias, nos vemos mañana.

Orestes cuelga. Se dirige a la puerta del consultorio. La abre. Entra Adriana. Viene vestida en forma elegante, con ropa de civil. Lleva guantes de piel, y una bolsa de mano en el brazo.

Adriana: Buenas noches, doctor Konstantellos. Finalmente, nos conocemos en persona.

Orestes: Buenas noches, oficial. Pase por favor. Tome asiento.

Adriana: Gracias.

Adriana se sienta en una silla reclinable. Orestes cierra la puerta. Regresa al escritorio y hace lo mismo.

Adriana: Le agradezco que me haya concedido esta cita, doctor. Sé que tiene una agenda de trabajo apretada, pero es muy importante su opinión sobre el caso.

Orestes: Lo sé. La situación es difícil, tratándose de una menor de edad.

Adriana: ¿Revisó la documentación que le comenté vía telefónica?

Orestes: Sí. Está mañana fui a consultar el expediente, y ya cuento con los elementos necesarios para hacer un análisis... pero para mí sería idóneo tener una entrevista con la muchacha.

Adriana: Me imagino, pero en este momento es muy difícil. Casi imposible. Está bajo custodia, y con estrictas medidas de seguridad. Para evitar que se dé a la fuga, o atente contra su vida. Sigue muy afectada por lo ocurrido.

Orestes: La experiencia fue muy traumática. Un secuestro deja huellas muy difíciles de borrar. (*Toma unas hojas del escritorio*) Veamos... Jimena Velarde. Quince años. Hija del periodista Rubén Velarde.... Hace un mes, fue raptada al salir de la escuela por un grupo de hombres armados, y retenida en una casa de seguridad... La familia logró negociar un rescate con los captores, tras varios intentos fallidos...

Adriana: ¡Wow, qué interesante!

Silencio.

Orestes (*Suspira. Continúa leyendo*): Hace una semana, Jimena apareció en la puerta de su casa en malas condiciones... Y presa de una crisis nerviosa. Se confirmó que fue víctima de tortura y estupro... En cuanto logró calmarse, pudo indicar el sitio donde fue retenida. La Policía llegó al lugar... y encontró a los secuestradores muertos. Tenían un balazo en la cabeza, y otro en el sexo... Finalmente, confesó que ella los había matado antes de huir...

Adriana: Doctor, no quiero ser impertinente, pero no ha dicho nada que no sepa ya.

Orestes (*Molesto*): Oficial, si me dejara continuar con mi exposición...

Adriana: Adriana. Puede llamarme por mi nombre. Las formalidades me incomodan.

Silencio.

Orestes (*Suspira*): Muy bien. Si lo prefieres así, por mí no hay problema.

Adriana: Gracias, Orestes... Ay, perdón, ¿te puedo tutear? Así podremos hablar más en confianza.

Orestes (*Visiblemente incómodo*): Está bien.

Adriana: Gracias. Prefiero ser directa.

Orestes: Ya veo. Como te decía...

Adriana: Tengo una duda. ¿Eres extranjero?

Orestes: No entiendo tu pregunta. ¿Qué tiene que ver con...?

Adriana: Es simple curiosidad, nada más. Me llama la atención tu nombre: Orestes Konstantellos. No es muy común.

Orestes: Mi padre es originario de Grecia. Es muy aficionado a la mitología de su país. De ahí tomó mi nombre. Yo nací en México. Ahora sí, ¿podemos continuar?

Adriana: Tienes razón. Disculpa. Es un vicio que tengo muy arraigado. Me gusta indagar hasta el más mínimo detalle.

Orestes: Ya.

Adriana: Muy bien. Voy a ir al grano. Necesito de tu ayuda para que Jimena quede libre de toda responsabilidad.

Orestes: ¿Cómo?

Adriana: Sí. Eres uno de los psiquiatras más prestigiados de este País, y bastará una palabra tuya para que la chica no vaya a la cárcel. Algunas personas están muy interesadas en que eso ocurra, y no lo voy a permitir. No lo considero justo.

Orestes: No es tan sencillo como lo planteas. No hay muchas posibilidades de que Jimena salga bien librada.

Adriana: ¿Ah, sí? ¿Por qué?

Orestes: Porque pasó de ser víctima a victimaria.

Adriana (*Se levanta; camina por la habitación*): ¡Ay, por favor!

Orestes: Repruebo lo que le hicieron, pero su reacción fue desproporcionada.

Adriana: ¡Eso es ridículo!

Orestes (*Se levanta*): No lo es. Me imagino que también sabes que encontraron a los secuestradores atados de pies y manos, ¿verdad? Eso fue premeditación, alevosía y ventaja. De alguna manera, Jimena se las ingenió para conseguir que uno de sus captores la liberara de sus ataduras. Lo golpeó en la cabeza para dejarlo inconsciente, y lo amarró. E hizo exactamente lo mismo con los otros...

Adriana: ¿Y eso qué? Dadas las circunstancias, tenía todo el derecho a defenderse. Nadie en su sano juicio la puede condenar.

Orestes: ¿Te das cuenta de lo que dices? Se supone que tu obligación es que se cumpla la Ley. Aunque no te guste, cometió un delito, y va a tener que afrontar las consecuencias.

Silencio.

Adriana: Es increíble. No cabe duda, sigues siendo el mismo cretino de siempre. No cambias.

Orestes: ¿Perdón?

Adriana: Eso sí. Más refinado, pero manejando la Ley a tu conveniencia. No me sorprende.

Orestes (*Dejando los papeles a un lado*): Vaya. Me doy cuenta que estás involucrada en este caso más de lo debido...

Adriana: ¿Te parece?

Orestes: Sí. Y que por alguna extraña razón estás muy hostil conmigo desde que entraste al consultorio. No creo haberte dado motivos.

Adriana: ¡Vaya! ¿Estás completamente seguro, mi querido doctor?

Silencio.

Orestes (*Ordena los papeles*): Está en una actitud muy agresiva, oficial. Así no podemos hablar. Le suplico que se retire.

Adriana: Volviste a hablarme de usted. Pensé que nos estábamos entendiendo, pero ya veo que estaba equivocada. Que mal.

Orestes (*Con un gesto*): Oficial, por favor, retírese. Esta conversación se terminó.

Con un movimiento rápido, Adriana abre su bolsa de mano y saca una pistola. Corta cartucho. Le apunta a Orestes.

Adriana: ¡Esta conversación va a terminar en el momento en que yo lo decida, doctor!

Orestes: ¿¡Qué hace!?

Adriana: Sabía que ibas a reaccionar de esta manera. Sólo estoy tomando algunas medidas drásticas... Pero siéntate, Orestes, todavía queda mucho de qué hablar... y muy poco tiempo.

Orestes: Pero...

Adriana: ¡QUÉ TE SIENTES, CARAJO!

Orestes duda. Finalmente, vuelve a tomar asiento

Orestes: No es necesario que use la violencia, oficial...

Adriana: Me llamo Adriana. Te dije que los protocolos me molestan. ¿Acaso no hablo español?

Orestes: Está bien. Ya entendí... Adriana. ¿Puedes dejar de apuntarme? No tienes que ser tan radical.

Adriana: Eso lo decido yo, no tú... ¡Vaya! Por primera vez no tienes el control de la situación. Eso te incomoda mucho, ¿verdad?

Orestes: ¿Por qué?

Adriana: ¿Por qué, qué?

Orestes: ¿Por qué haces esto? ¿Es por mi postura ante el caso? Tienes que comprender que...

Adriana: Orestes. Orestes. De verdad que no entiendes nada. Es mucho más complicado. Lo de Jimena sólo fue un pretexto para acercarme a ti.

Orestes: No entiendo. ¿Qué clase de juego es este?

Adriana: Es muy simple. ¿Te suena el nombre de Georgina Cortés?

Silencio.

Orestes: ¿Pero qué rayos...?

Adriana: ¡Uuuuy! Toqué un punto sensible. Ya pasó más de un año, y todavía te afecta... Sí ella te hubiera conocido tan bien como yo, se habría ahorrado mucho sufrimiento. Es más, *seguiría viva*.

Orestes: ¿Tú qué sabes de Georgina?

Adriana: Lo suficiente. Te dije que tengo la manía de investigar hasta el último detalle, ¿lo recuerdas? Es más, puedo afirmar que está muerta por tu culpa.

Orestes: ¡Eso es mentira!

Adriana: Es verdad, lo sabes muy bien. Tienes la extraña fascinación de joderle la vida a las mujeres más jóvenes que tú, ¿verdad? ¿Es alguna especie de venganza, o es sólo por diversión? (*Orestes intenta levantarse, pero Adriana lo obliga a regresar a su asiento*) ¡No recuerdo haberte dicho que te levantarás! ¿O sí?

Orestes: Muy bien. No sé quién te haya mandado a decirme esto, y francamente no me importa. En resumidas cuentas, si Georgina quiso involucrarse conmigo fue su *problema*. ¡Yo no la obligué!

Adriana: Lo admito. Supiste envolverla muy bien. Siendo su maestro de Psicología Clínica, y tu alumna predilecta, no te costó nada de trabajo seducirla. Te importó un carajo tu *matrimonio feliz*... El problema es que Georgina pecó de ingenua. Pensaba que en algún momento dejarías a tu esposa por ella, y que presionándote lograría su objetivo. Ese fue su error.

Orestes (*Conteniéndose, a duras penas*): Georgina confundió las cosas. *Nunca* le di motivos para pensar que nuestra relación iba a cambiar en modo alguno. Sabía muy bien de mi compromiso, y aceptó las reglas... No fue ingenua, fue completamente estúpida. Si llegó a pensar que iba a dejar a mi familia por ella, se equivocó.

Adriana: Así que terminaste con Georgina sin explicación alguna. Y no sólo eso, pasó de ser tu alumna favorita, a la más repudiada. La humillaste en frente de sus compañeros haciéndola quedar como una ignorante. ¡Pobre Georgina! No aguantó tanta presión. Prefirió salirse de la escuela a seguir lidiando contigo...

Orestes: Conmigo sólo estudia la gente capaz, no los mediocres. Su promedio había bajado...

Adriana: Y si a eso le agregamos que tuvo la mala suerte de salir embarazada...

Orestes (*Estalla*): ¡Eso no es cierto!

Adriana (*Suspira*): ¡Qué manía de negar las cosas! ¡Claro que estaba embarazada! Ocho semanas... Te pidió ayuda, y se la negaste. “Es tú problema. Arréglalo como se te dé la gana.”. Esa fue tu respuesta... Al final, buscó el edificio más alto y... el resto ya lo sabes... Fue una tragedia. Sus padres todavía no comprenden qué pasó... Y tú, quedaste limpio de toda sospecha. Eres hábil, no puedo negarlo.

Orestes: ¿Quién carajos te contó esa basura? ¡Porque no es más que eso, basura!

Adriana: Una de las amigas de Georgina.

Orestes: ¿¡Quién!?

Adriana: No puedo decirlo. Es información confidencial.

Orestes: Así que de eso se trata: una extorsión. ¿Sabes qué? No va a resultar. Es tu palabra contra la mía. Soy un hombre respetable. Nadie va a creer esa historia tan ridícula.

Adriana: Puede ser. Pero hay otra a la que si le darán crédito.

Orestes: ¿Ah, sí? No me digas.

Adriana: Pues sí. ¿Recuerdas que hace veinte años hiciste tus prácticas profesionales en el Tutelar de Menores Femenil?

Silencio.

Orestes: ¿Eso qué tiene que ver?

Adriana: Evaluabas a las jóvenes que apelaban su sentencia para recobrar su libertad. Por alguna razón, tus comentarios tenían mucho peso para que la apelación procediera... o no.

Orestes: Sigo sin entender. ¿Podrías ser más clara?

Adriana: Debes recordar a una jovencita en particular: Yadira Sánchez... Catorce años. Inteligencia arriba del promedio. Muy hábil para las matemáticas. Arrestada por robo en una panadería, sólo para dar de comer a sus hermanos pequeños, de cinco y siete años, que estaban a su cargo. Tu diagnóstico fue: "Agresiva, hostil hacia las figuras de autoridad. Tiende a la violencia física. Temperamento muy difícil de controlar. Sociópata. No se recomienda su liberación, puede convertirse en un peligro para sus semejantes. Canalizar con un especialista. Preferentemente, trasladarla al Reclusorio Femenil en cuanto cumpla la mayoría de edad...". ¿Con eso es suficiente, doctor?

Silencio.

Adriana: ¿También recuerdas el motivo de ese comentario? (Lo encara) Porque querías pasarte de listo con ella.

Orestes: Las cosas no pasaron así...

Adriana: Seguro pensaste: “Es una pobre escuincla idiota. Puedo divertirme un rato con ella. Nadie lo notará...”... No contabas con un detalle: que no lo iba a permitir, y cuando intentaste abusar de ella, se defendió dándote una buena patada. No dejabas de gritar de dolor...

Orestes: Esa muchacha estaba muy confundida. Sólo quise ser amable...

Adriana: ¡No mientas! ¿Qué, no tienes huevos para decir la verdad?

Orestes: Cuando uno es joven, se hacen cosas sin sentido...

Adriana: ¿Pues qué crees? Tu estupidez tuvo consecuencias graves. Gracias a tu *diagnóstico*, fue retenida en el Tutelar hasta que cumplió los dieciocho años... Permitió que algunos celadores a cambio de no perjudicarla más... y de que gozara de privilegios... le hicieran cosas sucias... Es irónico, lo que tú no lograste, mi querido doctor, lo consiguieron ellos después de presionar mucho... En la cárcel, hasta la voluntad más firme se puede quebrar.

Orestes: Lo que esa... *señorita* haya hecho en el Tutelar no es mi culpa. Fue su decisión. Si no hubiera sido tan agresiva conmigo, yo...

Adriana (*Visiblemente afectada*): ¡No he terminado de hablar, así que cállate!... Lo aguantó todo para reunirse de nuevo con sus hermanos... Su sacrificio fue inútil... Perdió para siempre el contacto con ellos.

Silencio. Adriana se limpia las lágrimas con rabia. Continúa apuntándole a Orestes.

Orestes: En resumen, ¿qué tiene que ver esa muchacha contigo?

Adriana: ¿No lo adivinas? ¡Mírame bien! He cambiado mucho en todo este tiempo... pero no lo suficiente. ¿De verdad no sabes quién soy? ¿Vas a seguir haciéndote el idiota?

Silencio.

Orestes: No... no es posible.

Adriana: Así es. ¡Soy yo, estúpido! Tuve que *matar* a Yadira para que naciera Adriana. Ella no iba a ser capaz de lo que fuera para castigar al hombre que le arruinó la vida... ¡pero yo sí!

Orestes: Francamente, no entiendo. A pesar de todo, lograste salir adelante por ti sola. Me doy cuenta que tienes una posición privilegiada. ¿De verdad vale la pena arriesgarlo todo por consumir una ridícula venganza en mi contra? Es completamente absurdo. Muy imbécil, si me permites el comentario.

Adriana: ¡Para mí, no! Todo el mundo va a saber que Orestes Konstantellos, no es más que una maldita basura.

Orestes: Sigues siendo tan ingenua como hace veinte años. Nadie te va a creer. Ni tu historia, ni la de Georgina. Desde joven, soy una persona con prestigio. Tengo una familia maravillosa, y una buena posición económica. ¿Quién va a creer en las palabras de una pobre mujer con delirio de persecución, y venida a menos? ¡Nadie, policía de cuarta! ¡Llevas las de perder!

Adriana: Sigues siendo tan soberbio. Lo dicho, no cambias.

Orestes: ¡Cómo sea! No eres más que una pobre mujer resentida. Si hubieras aceptado mi propuesta, te habrías ahorrado tanto sufrimiento... Pensándolo bien, no sabes cómo me alegro que no haya pasado nada entre tú y yo. Eres tan poca cosa. Tan primitiva. Me das lástima. Todos los años que has invertido

para llegar a este momento, han sido un fracaso. No puedes acabar conmigo, y nunca podrás hacerlo. No tienes ninguna prueba en mi contra.

Adriana (*Ríe*): Ay, Orestes. Ahora eres tú el que peca de ingenuo. ¿Crees que me habría arriesgado a tanto, sin tomar mis precauciones?

Sin dejar de apuntarle, Adriana saca de su bolso una grabadora. Oprime un botón. Comienza a escucharse la discusión que ella y Orestes han tenido en los últimos minutos. Adriana adelanta y reproduce la grabación a voluntad. Orestes está visiblemente descompuesto. Adriana apaga la grabadora.

Orestes (*Alterado*): ¿Qué carajos...?

Adriana: Cualquier periódico estaría dispuesto a pagar lo que fuera por esta grabación. ¿Te imaginas la nota a ocho columnas? ¡O en el noticiero de mayor prestigio a nivel nacional!

Orestes: ¡No tienes derecho! ¡Esa confesión está hecha bajo amenazas!

Adriana: ¡Uuuy, que pronto cambió tu actitud, querido doctor!

Orestes: ¡Dame esa grabadora!

Orestes trata de levantarse. Adriana dispara muy cerca de él, haciéndolo desistir.

Orestes: ¡No dispaes! ¡No dispaes!

Adriana: ¡La próxima vez que intentes pasarte de listo, lo haré! ¡Que no te quepa la menor duda!

Silencio.

Orestes: Está bien, vamos a negociar. ¿Qué quieres, dinero? Te doy la cantidad que tú me pidas, y nos olvidamos del asunto.

Adriana (Sonríe): Queriendo resolver todo con dinero, que mal... Aunque pensándolo bien... creo que a quien más le interesaría escuchar esta grabación, sería a tu familia, ¿no lo crees?

Orestes: ¡No te atrevas! ¡Deja a mi familia en paz!

Adriana: Pero más a tu pequeña Dani, ¿verdad?

Silencio.

Orestes (Horrorizado): Estás enferma... ¡Estás verdaderamente local!

Adriana: ¡Caray! Me sorprende descubrir que hay por lo menos una persona que sí te importa. Tu pequeña hija de quince años. Para Dani, su papá debe ser su gran héroe, ¿verdad?

Orestes: Te lo suplico, no metas a mi niña en esto. ¡A ella no!

Adriana: ¿Qué pasaría si descubriera que su querido papi no es un héroe, sino un villano? El peor de todos. Eso para ella sería muy triste. Toda su inocencia se terminaría de golpe...

Orestes: ¡Maldita sea! ¿Qué demonios quieres? Ya entendí. Me tienes completamente en tus manos. Ahora dime: ¿QUÉ CARAJOS QUIERES?

Silencio.

Adriana: ¿Recuerdas quién fue el verdadero Orestes, verdad?

Orestes: ¿Qué?

Adriana: Ya me oíste. ¿Sí o no?

Orestes (*Tras dudarlo*): Sí.

Adriana: Muy bien. ¿Cuál fue el crimen que cometió?

Orestes: ...Matar a su propia madre y a su padrastro, para vengar la muerte de su padre. Electra, su hermana, fue quien lo instigó...

Adriana: Para variar, culpando a una mujer de una decisión que tomó por él mismo, sin presiones. Pero en fin. ¿Y qué pasó después?

Orestes: Fue perseguido por *Las Furias* por mucho tiempo... ¿Qué tiene que ver esto con...?

Adriana: Shhhh. Exacto. *Las Furias... Erinias... Euménides...* Las deidades encargadas de castigar a los que habían cometido un crimen grave. Alecto, Megera... y Tisífone. Eran implacables. Los dioses del Olimpo las veían con asco. Los hombres comunes les tenían pavor. Ni siquiera se atrevían a mencionarlas por su nombre. Preferían referirse a ellas como las *Benévolas*. ¿Qué chistoso, no?... Persegúan al culpable hasta hacerlo enloquecer de desesperación... y que pagara con su propia vida el delito... ¿Qué más?

Orestes: ...Orestes se salvó gracias a la intervención de Apolo.

Adriana: Muy bien, tienes estrellita. Veo que conoces perfectamente la leyenda. Sólo que hay un pequeño inconveniente: aquí no hay un Dios que pueda interceder por ti... (*Mira un momento su pistola*) Alecto era la encargada de castigar los delitos morales. Es con la que me he sentido más identificada. Es mi predilecta... Desde hace veinte años, no sólo me convertí en Adriana, también en Alecto... Lo siento, doctor. No hay plazo que no se cumpla.

Silencio.

Orestes: Así que, en realidad lo que quieres es verme muerto.

Adriana: Sí... Me destruiste la vida. Todo lo que amaba, lo perdí por tu culpa. Ahora... te llegó el momento de pagar.

Orestes: ¡Sólo cometí un error, carajo! ¡Ya te lo dije: cuando se es joven se cometen muchas estupideces!

Adriana: Qué pena. No sé perdonar. Todo en la vida tiene consecuencias, mi querido Orestes.

Silencio.

Orestes: No voy a salir vivo de aquí. ¿Verdad?

Adriana: No.

Orestes: ¿Y crees que saldrás bien librada? ¿Así de fácil? ¡Estás a punto de cometer un asesinato a sangre fría!

Adriana: No te confundas. No voy a ser yo quien jale el gatillo.

Adriana deposita lentamente su pistola en el escritorio.

Orestes: No... No, por favor. ¡Eso no!

Adriana: Todo quedará en un lamentable suicidio. Y tu reputación, intacta... Bueno, casi. Tu familia y tus amigos no comprenderán por qué tomaste una decisión tan radical... Sobretudo Dani... Llorarán tu muerte. Te recordarán con cariño, tal vez. Y finalmente, se resignarán a tu pérdida. Dani tendrá que aprender a vivir sin su papá... Muy sencillo, ¿no?

Orestes: Por favor... no.

Adriana: No tienes muchas opciones. O acabas con tu vida, o me voy a encargar que todo el mundo se entere del contenido de este aparatito (*Le muestra la grabadora*). El Internet es una maravilla. Sólo tengo que oprimir un botón, y les llegará una copia a los periódicos más importantes del País, a las televisoras... En fin, a todo medio electrónico que esté disponible... Y claro, a tu *querida familia*, y a tu *dulce hijita*. ¿Qué prefieres: una muerte digna, o la muerte moral? Tú decides.

Silencio. De pronto, Orestes toma la pistola. Le apunta a Adriana.

Orestes: ¡Eres una hija de...!

Adriana: Shhh. Sin insultos, por favor.

Orestes: Cometiste un grave error al dejar tu pistola a mi alcance, estúpida.

Adriana: Claro que no.

Orestes: Dame la grabadora.

Adriana: No.

Orestes: ¡No estoy jugando, dámela!

Adriana: Mmm... Bueno. Pero antes, ¿me haces un favor?

Orestes: ¡No estás en posición de pedir nada!

Adriana: Es muy simple. ¿Puedes ir a la ventana un momento? Te aconsejo que lo hagas.

Silencio. Sin dejar de apuntarle, Orestes hace lo que Adriana le dice.

Adriana: ¿Ves al hombre que está al pie del edificio? Es Antonio, mi compañero. Le pedí que si demoraba más de quince minutos, subiera al consultorio. (*Mira su reloj*) ¿Y qué crees? Acaban de cumplirse. Está a punto de entrar.

Silencio. Después de un momento, Orestes regresa, derrotado. Vuelve a sentarse frente a su escritorio.

Orestes: Ya ingresó al edificio.

Adriana: ¿Lo ves? Si intentas hacer algo en mi contra, estás perdido. Directo a la cárcel. No tienes escapatoria, doctor. Acéptalo.

Silencio.

Orestes: ¿Quién me garantiza que vas a cumplir tu promesa?

Adriana: Tendrás que confiar en mi palabra. A diferencia tuya, yo sí tengo ética y principios... Dentro de mis posibilidades, claro. *(Mira su reloj)* No quiero presionarte, pero el tiempo se acaba. Y mi paciencia también. Así que, terminemos con esto de una buena vez, si no te importa.

Orestes observa la pistola, sin saber qué hacer. Finalmente, se decide. Introduce el cañón en su boca. Se escucha un disparo. Se desploma sobre el escritorio, muerto. Adriana lo observa sin mostrar emoción alguna. Se acerca.

Adriana: Vaya. Tengo que reconocer que tienes agallas... Pero hasta el final, fuiste un cobarde. Antes que enfrentar tus culpas, fue más cómodo para ti el camino fácil... En fin. Muy a mi pesar, yo también sé cumplir lo que prometo.

Adriana toma su grabadora. La acciona. Se escucha la frase "Archivo borrado". La vuelve a guardar en su bolsa de mano. Toma su celular. Lo marca.

Adriana: ¿Antonio? Soy Adriana... Malas noticias: el doctor Konstantellos se acaba de suicidar... No sé qué le pasó. Se puso muy mal. Me quitó mi arma, y se puso a jugar con ella... ¿Qué querías que hiciera, carajo? Me tomó desprevenida... Sí, sí, sí. Ya sé. Te tengo noticias: "Hasta al mejor cazador, se le va la liebre". ¿Contento?.... No, no he tocado nada... OK. Pide una ambulancia para que recoja el cuerpo, y sube de inmediato. Va a ser una noche muy larga para los dos en la morgue y en el Ministerio Público... OK, te espero.

Adriana cuelga. Guarda el celular. Se quita los guantes. Los guarda en su bolsa de mano. Vuelve a tomar asiento. Observa el cuerpo de Orestes con una sonrisa de triunfo.

Oscuro final.